



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

GUILLERMO CERECEDA



Ningún director disfruta
la fama de Cereceda,
pues no hay batuta que pueda
competir con su batuta.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Qué mundo éste!..., por Eduardo Bustillo.—El perro de Juan Macuso, por Juan Pérez Zúñiga.—Paliq, por *Clarín*.—Pan, por Ricardo J. Catarineu.—Solito, por Sinesio Delgado.—¡Oh, la publicidad!..., por Francisco Ayllón.—La ruleta, por Enrique Jiménez de Quirós.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Guillermo Cereceda, por Escaler.—Modos de vivir..., por Cilla.



¡Oh, qué horrible contraste!

Mientras gimen los desgraciados de Consuegra y Almería; mientras Isasa recorre las líneas en tren especial, derramando beneficios y llevando el consuelo al corazón de los perjudicados por las inundaciones, los cómicos estudian sus papeles y se disponen a comenzar la temporada, y los periodistas se reúnen en *fraternal* banquete para celebrar la inauguración de un magnífico establecimiento de aguardientes, vinos y licores que han abierto, en la calle de Atocha, la viuda é hijos de T. Pujol y Grau.

Galantemente invitados, acudimos el miércoles a la fiesta, y allí estaban Matoses, Palacio, Bofill, Ginard, Muro, Builla, Cantin, Trompeta y otros muchos ingenios de esta corte, sentados ante la bien servida mesa del *Hotel Inglés*, donde se celebraba el banquete. Al otro día muchos de aquellos hijos de la prensa recorrían las calles de la corte solicitando el óbolo de la caridad para las víctimas de la catástrofe, y algunos llevaban el sacrificio hasta el punto de pasar la noche en la redacción y el día en la calle.

Y véase cómo se puede asistir a una alegre fiesta de la industria y cumplir, al propio tiempo, con los deberes de buen ciudadano. Esto lo digo para que no crean algunos que hemos andado de *juerga* cuando aún están sin enterrar muchos cadáveres y cuando se cierne todavía sobre las ruinas de Consuegra el genio de la destrucción...

Son contrastes de la vida que obedecen a una ley natural y eterna.

En el cuarto principal se celebra una boda con todo el esplendor propio de estas solemnidades de familia. La novia reclina la hermosa cabeza sobre el hombro del enamorado galán, haciéndole entrever un cielo de ventura. Los convidados apuran copas y copas de espumado *champagne* y algunos se guardan las cucharillas en el bolsillo; todo es júbilo en aquella mansión elegante y bien oliente.

En el cuarto segundo, un esposo aburrido acaba de arrojar a la cabeza de su cónyuge un frasco de bandolina, después de una acalorada discusión sobre si los garbanzos estaban más o menos duros.

En el cuarto tercero, otro esposo no menos infeliz se entretiene en hacer cigarrillos a la escasa luz de un quinqué de petróleo, mientras la esposa baila que se las pela en la reunión de las de Vázquez.

En la buhardilla de la misma casa, el señor Juan, consecuente albañil y distinguido borracho, obsequia a su esposa con media docena de bofetadas escogidas. Detrás de un baúl desvencijado, un hijo de aquel matrimonio devora silenciosamente una cebolla cruda... ¡Siempre el contraste!

Nosotros asistimos al banquete cumpliendo con los deberes de la amistad, pero sin echar en olvido las desgracias de Consuegra y Almería; porque no es cosa tampoco de que dejemos de comer ni de llenar nuestras obligaciones. Puede uno tener

muy buen corazón y asistir, sin embargo, a la alternativa de Reverte.

No queremos parecernos a aquel matrimonio que iba al Teatro de la Comedia a ver a Rossell y se pasaba la noche suspirando y limpiándose los ojos con *La Correspondencia de España*.

—¡Ay, Pepa!—decía él.—¡Qué noche estamos pasando!

—Si no fuera por el qué dirán, ahora mismo me tumbaba en el suelo, para llorar con más desahogo—contestaba ella.

—¿Se han puesto ustedes malos?—pregunté yo.

—No es eso—dijo la señora;—es que nos estamos acordando de una amiga nuestra que puso un almacén de sanguijuelas en la calle del Carnero, y se le escaparon todas.

—¡Qué lastima!

—Hace ocho días que ocurrió la desgracia y no tenemos consuelo. Si venimos al teatro es por no perder el abono, que lo demás...

—¿Y ha perdido muchas sanguijuelas?

—Muchísimas, y eso que en medio de todo ha tenido la suerte de recuperar algunas. Ayer mismo encontró doce que se le habían subido por debajo de la ropa y las tenía agarradas a una pierna. Otras seis fueron encontradas en la espalda de un vecino que no había notado su presencia y a poco más lo dejan completamente seco.

El que no sabe contener la sensibilidad, claro que no puede ir a banquetes en tiempo de desgracias, porque donde quiera que esté, tiene que acordarse de lo ocurrido y padecer.

Conozco una viuda, que ahora está aprendiendo a leer para meterse a tiple cómica, y la pobrecilla no cesa de acordarse de su difunto. A lo mejor se va a cenar con un caballero, ó bien acude a las Ventas del Espíritu Santo a una *juerguécita*, y lo mismo es ver una chuleta de carnero, se echa a llorar como una mártir.

—¿Qué tiene usted?—le pregunta alguno.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué desgraciada soy!—dice ella.—Siempre que como carnero se me figura que tengo delante a mi marido. ¡Ay, Pepe de mi corazón! ¿Por qué me has dejado en este mundo?

—Vaya, tranquilícese usted; la cosa no tiene remedio.

—Usted no sabe lo que he perdido. Era un santo... Écheme usted más salsa... ¡Qué hombre aquel! No me pegó más que cinco veces en toda su vida, y fué porque me encontré sentada en las rodillas de un amigo suyo, que era muy jaranero y me estaba enseñando a tocar la bandurria... Yo no puedo venir a ninguna diversión, porque me acuerdo de mi esposo y se me pone un nudo en la garganta... Póngame usted unos poquitos de pimientos... Y no estuve casada más que cinco meses, porque al sexto se fué a cazar con unos amigos y mató a un guarda sin querer; aquello le disgustó muchísimo, porque el guarda era andaluz y él le tenía mucho cariño a Cádiz; de manera que le formaron causa y estando preso comió sandía y se le murió en los brazos al carcelero... Hágame usted el favor de ponerme otra chuleta... ¡Ay, qué mundo éste!

Con gente así no se puede ir a ninguna parte.

Lo mejor es comer y en seguida llorar un ratito; que es lo que suele hacer la mayoría de las personas que conozco.

LUIS TABOADA.

¡QUÉ MUNDO ÉSTE!...

Bien sé que Dios hizo el mundo; pero Dios es bueno y sé que está tan arrepentido que no ha de volverlo a hacer.

Obra del divino artífice, salió el *artefacto* bien, como diría el letrado de Varela (D. José).

¿Quién duda que el mundo es fuerte si, con balumbas del tren, rodando siglos y siglos, no hay quien ponga tacha en él?

Claveteado de estrellas, que el dolor nos hace ver, las mismas cuatro estaciones recorre con rapidez,

y ni mozos le aporrean, ni se pierde en el andén, ni en aduanas le registran, ni llaves ha menester.

Mas, si Dios hizo este mundo, se lo revolvió Luzbel contando con las manitas del hombre y de la mujer, viajeros tan distraídos, que entraron en el *express* enseñándose las carnes, que era empezarse a perder.

Después... Pero ¿cómo había de estar el mundo después con hijos de aquellos padres que el diablo pescó en su red?

Tras aquella hoja de parra vino la camisa... ¿y qué?

Que sucedió la malicia a la incauta sencillez,

y que el diablo en este mundo no tiene que revolver, pues bastan mujeres y hombres para que revuelto esté.

¡Qué mundo! mejor parece
baúl de estudiante que
se hace á puñetazo limpio
el equipaje al revés.

Y como el mundo da vueltas
sin poderse detener,
y el viaje es largo y por dentro
no hay quien tenga un *ten con ten*;
mirad cómo andan en coche
los que deben tirar de él,
y cómo no es presidiario
el que vino á ser mal juez.

Y la virtud por los suelos,
y el vicio sobre el pavés,
y el talento en la antesala
y la ineptia en el poder.

El bueno esclavo del pillo,
el amor del interés,
la ciencia bajo la intriga,
la trampa sobre la ley.
¡Qué mundo éste! Si por dentro
desde su altura lo ve,
Dios, que es bueno y que lo hizo,
¿cómo ha de volverlo á hacer?

EDUARDO BUSTILLO.

EL PERRO DE JUAN MACUSO

Según cuentan las crónicas, el *Tuso*
era un perro mastín de hermosa planta
que tenía mi amigo Juan Macuso
en su alegre casita de Fuensanta.
Macuso le quería
lo mismo que á un hermano
y mucho más que á un primo que tenía,
pues el primo era un pillo soberano
que vivía del sable,
mientras el pobre *Tuso*
nunca pidió á Macuso
ni una sola peseta miserable.
Prestó, por el contrario,
excelentes servicios á su dueño,
pues no sólo con celo extraordinario
le espantaba las moscas por el día
y por la noche le guardaba el sueño,
y le lamía el cutis de la cara
(con lo cual Juan vivía
sin gastar en jabón, ni en agua clara),
sino que el can famoso
sacó de tres apuros
á su amo que, orgulloso,
no le hubiera vendido por mil duros.

Un día, en un camino,
sorprendió á Juan y al perro un asesino,
y si no es por el can, que fué certero
en su pronta y feroz acometida,
Juan se hubiera quedado sin dinero
y hubiera ido á quejarse á la otra vida.

Otra vez, que se hallaba muy tronado
el pobrecillo Juan, una duquesa
que tenía una perra en cierto estado
que reclamaba *auxilio* á toda priesa,
le pidió á Juan prestado
el arrogante *Tuso*;
todo salió cual la duquesa quiso,
y una vez satisfecho el compromiso,
le entregó cien pesetas á Macuso.

Por último, otra vez, que á la ruleta
perdió Juan hasta la última peseta,
aprendió el pobre *Tuso* en cuatro días
á hacer una porción de monerías,
y vestido de charra,
tocaba el clarinete y la guitarra,
recitaba la epístola de Horacio
y entonaba el prefacio.

En resumen, sacó de la indigencia
á su dueño con tales sacrificios,
pues tenía muy limpia la conciencia,
y más inteligencia
que muchos senadores vitalicios.

Pues bien, estas hazañas memorables,
con las cuales al amo satisfizo,
no son ni aun comparables
con la última que hizo.

Dos días antes de que Juan se uniera
con su prima Pilar, la de Antequera,
se hallaba el can dormido
á los pies de su dueño; acometido
por una incomprensible pesadilla,
como una fiera se tiró á Macuso
y le sacó de cuajo una costilla.
A causa de lo cual, mi pobre amigo
se murió en menos tiempo que lo digo.

¡Pero cuántas y cuántas bendiciones
mandó desde las célicas regiones
el interfecto á su mastín famoso
por el postrer servicio,
que fué el más provechoso,
no embargante el horror del estropicio!

¿Que por qué? Porque el hombre se ha evitado
casarse con Pilar, la de Antequera,
que, según me han contado,
ha salido una... loca de primera.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

Hay ciertas menudencias de la vida literaria de las que conviene hablar de tarde en tarde, no por lo que en sí valgan, sino porque sirven de datos significativos para revelarnos lo que importa conocer y que por otro camino sería difícil descubrir.

Y va de ejemplo.

Doña Emilia Pardo Bazán se ha dedicado desde hace algunos meses á la crítica militante, periodística, de actualidades; y, como es mujer de gran talento, de cierta habilidad y escritora de mucha fama, es claro que su juicio literario tiene influencia poderosa en la opinión.

Por eso, cuando D.^a Emilia dice ó hace algún disparate mayúsculo, es una obra de caridad social, como ella diría, hacer notar al público el lapsus, sea de lengua ó de lo que sea.

Doña Emilia publica una revista crítica mensual que es, hoy por hoy, de lo más importante que tenemos en el género. Sería ridículo, además de injusto, mirar con desdén el *Nuevo Teatro Crítico*, ó fingir ese desdén si no se sentía. Yo reconozco graves defectos en la revista de la Pardo Bazán; de ellos he hablado; pero leo todos los números, porque lo creo hasta obligatorio para los de mi oficio. Hemos reñido D.^a Emilia y yo, he descubierto en su carácter cosas que no me gustan, noto en ella cierta decadencia, determinada por una hipertrofia de la vanidad, que parece un achaque senil y no puede serlo todavía; veo con disgusto, por ejemplo, que en el último número del *Teatro* todas las notas literarias del mes se reduzcan á comentar ó rectificar noticias referentes á la importantísima personalidad de D.^a Emilia misma; pero nada de esto impide que me crea obligado á leer, repito, esos folletos (prescindiendo nada más de los cuentos, que son una debilidad disculpable). ¿Qué tienen que ver mis relaciones personales, lo que yo estime ó deje de estimar á D.^a Emilia, en cuanto mujer con el mérito de sus escritos, con el valor de su opinión en nuestra república literaria?

Por lo mismo que doy valor á lo que lo tiene, y porque no soy autor que pide artículos para sus libros, pero sí autor que tiene gusto en conocer lo que de sus libros opinan las personas de criterio ilustrado, de competencia reconocida, esperaba, y no me parecía mucho esperar, que D.^a Emilia dijese dos palabras (sólo dos palabras) de mi última novela titulada *Su único hijo*, de que han hablado todos los periódicos de circulación. No esperaba yo lo que mi librero no merecía: un detenido estudio, páginas y más páginas; pero una ligera nota, cuatro palabras, digo, dos palabras, sólo dos palabras! Aunque no fuera más que para decir, por ejemplo: «Este *Clarín* quiere la ley del embudo; se asusta de la pornografía de mi *Insolación*, y él nos da el espectáculo de varios escándalos caseros. Su último libro se cae de las manos. Desde que riñó conmigo, desde que le puso unos cuantos reparos á una novela mía, *Clarín* no da pie con bola.» Con esto, ó cosa por el estilo, me hubiera dado por satisfecho. Nada, ni una palabra. ¡Ni siquiera en la modesta sección de *libros recibidos* del *Nuevo Teatro* figura mi desgraciada obrucha! ¿Creerán ustedes que no se la regalé á D.^a Emilia? ¡Vaya si se la regalé! ¡No faltaba más! Ella, desde que la encuentro manchada, como al sol, me ha retirado el saludo, no deja que me envíen sus libros. Pero yo soy de otra manera. Ahí está mi editor que no me dejará mentir. Cuanto publico, y siga publicando, lo tiene y tendrá D.^a Emilia, aunque no me haga caso; y lo tendrá con la consabida dedicatoria: «Por encargo especial del autor.» ¿Quiere ver en esto D.^a Emilia una bromita, alarde de magnanimidad burlesca y retozona? Lo que yo puedo decir es que procedo en justicia, ciñéndome á las leyes del trato literario, que no por dejar de entenderlas muchos, y no tener sanción exterior ni estar escritas en parte alguna, dejan de obligar á las almas rectas.

Sí, D.^a Emilia recibe mis libros, recibió mi novela, y sin embargo, en la lista de *libros recibidos* en Agosto (cuando se la enviaron) hay otras novelas, pero no la mía. Por anunciar, hasta anuncia entre los *libros recibidos* sus propias novelas traducidas en inglés. ¿Tan urgente le pareció darse tono haciendo saber al mundo que la librería de Cassel y C.^o traducía sus obras? ¿No daría usted más pruebas de *altruismo* diciendo que había recibido mi obra, que anunciando que había recibido las suyas propias? Esto último era ocioso. Pero, en fin, decirlo todo. Porque eso que usted ha hecho es casi casi faltar á la verdad. *Libros recibidos* dice..., recibió usted el mío... y no lo confiesa. ¿O es que mi libro es tan malo que no llega siquiera á la categoría de *recibido*... aunque se reciba?

Nadie diría que soy yo aquel mismo *Clarín* á quien usted empezó á escribir sin que nadie se lo mandase; y con coronitas de marquesa en el sobre, por si cuajaba. ¿Qué se hizo del *querido amigo*, á las primeras de cambio, y del *hermano mayor* (y no en edad, por cierto), y de las citas para Madrid, que yo no pude llevar á cabo ni había para qué; y qué se hizo de aquel volverle á uno loco para que le buscara á usted editor que se encargara de *La cuestión palpitante*? ¿Y dónde está aquel autor de la *Regenta*, que según usted *empezaba por donde acababan otros*, y á quien usted un día y otro día, haciéndose pesada, animaba á escribir más novelas? Yo le decía: señora, me temo que no sirvo. Y usted: «¿Qué está usted diciendo, criatura? Vaya si sirve. Adelante. Venga la segunda novela.» Y allá va la segunda novela... y como si cantara. Ni siquiera dice usted que la ha recibido, como ten-

MODOS DE VIVIR...



Él, por su casa no es rico,
gana, siendo temporero,
mil reales de Enero á Enero,
conque ¿qué come este chico?



¡Y pensar que hay hembras
que todos los días
hacen semejantes
galoterías!



—El te bajo no será cosa mayor, pero miste que
el sueldo...



¡Y alaban el oficio!
Pues, hijo, vea usted,
de tantos como pasan,
ninguno tiene sed!



Cada seis serenatas
cae medio duro.
¡Vaya un jornal decente
para un apuro!



—Cada noticia de éstas, con gramática y todo,
me sale á perro chico, pagado con su retraso co-
rrespondiente...



Suponiendo que á diario
agote la mercancía,
¿basta para el necesario
pan suyo de cada día?



Deja el hogar, tiende el vuelo
con un entusiasmo loco,
come muy mal, gana poco
y pierde, además, el cielo.



Media peseta
cada
noche.



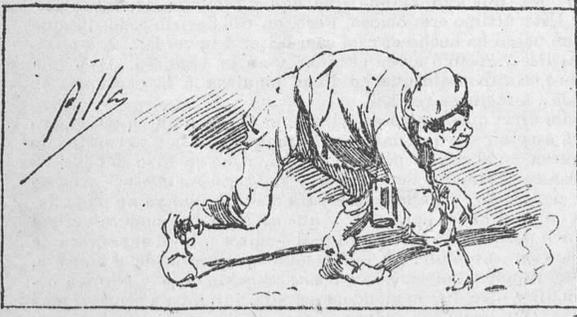
Corre que corre,
grita que grita,
saca dos reales
la pobrecita.



Seis reales diarios y la obligación de variar de
medias.



Gana cinco pesetas y trabaja al año quince días
en París, quince en Londres, diez en San Petersbur-
go... ¿Cómo paga á las patronas? ¡Ecco il problema!



—¡Rediós! Las veces que tié uno que agacharse
para llenar el bote!

dría que declarar si se la hubiesen mandado certificada. ¿Es que es muy mala mi segunda intentona, y debo dejar el oficio? Pues decírmelo, como yo se lo he dicho á usted con rodeos y con distingos. Acuérdesse usted, señora, acuérdesse usted. Mientras usted me adulaba, ésta es la palabra, me adulaba, y, sin sentirlo probablemente, me repetía cien veces que yo era novelista, yo le decía á usted que me temía mucho no serlo (y aun lo temo); y por medio de eufemismos le daba á entender... que usted no lo era tampoco. En aquellos tiempos usted no escribía de libros de actualidad sino de tarde en tarde, y hablando sólo de los maestros. Yo no tenía nada que esperar de usted. Mis elogios de sus obras eran sinceros, aunque las censuras fuesen atenuadas. Usted á mí me adulaba... porque yo escribía de todo lo actual y tenía fama de severo. Esta es la verdad, señora mía. Y ahora, porque cuando la vi demasiado fuera de camino le advertí el peligro, y con buenos modos señalé errores de sus nuevos libros, usted (entre otros alfilerazos gratuitos, como el ponerme delante de las narices á varios apreciables sujetos de quien usted piensa peor que yo) reduce mi novela segunda, que esperaba con tanto afán, á la categoría de paquete extraviado en correos.

¿Qué se propone usted, señora? ¿Matarme con su silencio? ¿Dejarme en la oscuridad? Pues así como la modestia real me obliga á decir que me temo no ser novelista (aunque también á mí me quiere traducir las novelas 'la casa Cassel y C.º y no gracias á usted, ni mucho menos, y usted me entiende) (1), no hay modestia que me obligue á callar que para sumirme en los abismos de lo desconocido es un poco tarde, tal vez por mi desgracia; y, francamente, señora, aunque usted insista en preterir mi humilde nombre sistemáticamente... aquí y en América ya saben que existo y que soy muy capaz de seguir hablando de usted bien ó mal, según lo pida la justicia, aunque usted se empeñe en suprimirme como aquellos *mal llamados años*. ¿Ha visto usted un dibujo titulado *La sombra*? Dos niños de la aldea al borde de un camino se detienen asustados; la curiosidad, la admiración se mezcla en la expresión de su gesto al temor de lo extraordinario. Aquella actitud suya es la *sombra* del caballero que pasa. Pues bien, en lo que usted dice y no dice, veo en qué está usted pensando. *Que es otra cosa*.—Como si los desdenes de Agosto no fueran suficientes, llega Setiembre, y dice usted:

“En esta época del año (el verano) no se publican libros., Y más adelante:

Entre los libros de *fin de temporada* que merecen citarse, sólo recuerdo (entendido, señora, entendido) el de Antonio Valbuena, *Capullos de novela*, etc., etc.

¿Y yo no soy nadie? Habiendo dicho lo que usted en letras de molde tantas veces dijo de mí, un libro mío muy malo era cosa que debía llamarle la atención y que merecía que se dijese: “El que está echado á perder es *Clarín*. ¡Pobre chico! Acaba de publicar una novela que es una *lata*, (usted dice *lata* y otras gracias así), etc., etc. Si la obra le parece á usted insignificante, también había que decirlo, para desengañar á los que antes la hubieran creído bajo su palabra cuando me alababa. Y había que escribir: “¿Se acuerdan ustedes del chico de las de *Clarín*, que dije yo que valía tanto y cuánto? Pues cero. Ni fu ni fa. En adelante ya no hablaré de él, porque no merece dos renglones.”

Y si mi novela le parecía á usted mediana, si tenía algo que significara una idea, un poco de arte y muchos algos que fueran otros tantos peros, lo que correspondía era decirlo.

Vamos, señora, con franqueza, ¿no estoy hablando como un libro? ¿No es justa mi modesta pretensión?

¿Qué ha sido ese silencio *estudiado*? ¿Una venganza? Pues si usted ha tomado á ofensa lo de *Insolación* y lo de *inhibirse* y lo de la edad de usted y lo de *senado consulto*, etc., etc., me parece que lo que usted hace conmigo... como desquite, es poco. Como injusticia y parcialidad, mucho.

Nuestras armas para combatir en lid soltera no pueden ser ya las que usted usa. Ese silencio ni pincha ni corta. Como dice usted bien, cada uno es cada uno. O ¿es que tiene usted miedo?

Yo seguiré diciendo de usted todo lo bueno y todo lo malo que merezca.

Si un día sale á relucir el *San Francisco de Asís*... comparado, no lo tome usted á despecho, sino á justicia.

Y si llegara á publicarse una novela titulada *El Fardo y el Batán*, no se dé por aludida, porque no va con usted nada.

Y en todo caso, usted con callar ¿eh? ha cumplido.

Porque ¿quién lee los periódicos donde yo escribo?

Monólogo verosímil de la Sra. Pardo Bazán: “Este *Clarín*, aunque se pique porque yo no le cito ni hablo de sus libros, no ha de quejarse, por tesón, por darse tono, por hacer creer que me desprecia y no se fija en estas menudencias.” Monólogo verosímil de *Clarín*: “Mi orgullo, ó lo que sea, va más lejos.” Y ahora ¿quién me negará que esto es un artículo de costumbres?

CLARÍN.

P A N

Era ya el ocaso, y en la romería tocaba el gaitero canciones de Asturias; ya los vendedores alzaban sus puestos,

(1) Porque ésta es otra. ¡Los manejos internacionales de la Pardo Bazán!

ya se fatigaban las mozas robustas.

Era ya el ocaso, y en la vieja ermita la esquila sonaba con voz campanuda; fuera de la ermita, se acababa el baile; dentro de la ermita, se rezaba á oscuras.

Era ya el ocaso. Mostrábase el cielo con nubes de nácar preñadas de lluvia; yo, desde la cumbre del monte riscoso, mandaba mis penas á cargar las brumas.

Un rumor lejano, que llegó á mi oído, con acentos graves me decía: «¡Escucha! Soy la que te adora, soy la madre tierra, que á morir te llama y á vivir te ayuda.

Deja á las mujeres, que te ofrecen sólo goces pasajeros, dichas inseguras, y el amor recibe de quien no ha de darte juramentos falsos, ni engañarte nunca.

Mírate en mis ojos, que son las estrellas; bebe de mis aguas, come de mis frutas; sangre de mi sangre te doy en los ríos, y te doy las rosas que adornan mi túnica.

Soy la que te adora con amor eterno; seré tu sepulcro, y he sido tu cuna; la Naturaleza, la fuerza creadora, tu reina y tu esclava... ¡Tómame! ¡Soy tuya!»

Desde que la tierra me habló de este modo, siempre le confío penas y dulzuras; ella es quien me entiende, y es mi bien amada; mía es su existencia, mi existencia es suya.

Desde que á la tierra mi amor le consagro, espero la muerte, que ya no me asusta... ¡Cuando yo me muera, sé que pasaremos la noche de bodas en mi sepultura!

RICARDO J. CATARINEU.

SOLITO

Espérate un momento, mariposilla blanca que audaz revoloteas en torno de la llama. Aquí, encerrado, lejos del mundo que descansa, gozando de la noche las horas tristes, largas, sin ruidos que perturben ni ideas que distraigan, estoy mirando el tenue polvillo de tus alas que al desprenderse brilla y entre la sombra acaba. Me considero solo contigo... y con el alma, que se dejó á la puerta sus penas y sus ansias y me ha quedado libre de su onerosa carga de anhelos, ilusiones, recuerdos y esperanzas. Supongo que allá fuera no hay luchas ni batallas, ni existe ser viviente ni ha habido nunca nada; que el mundo eres tú sola, que vuelas, subes, bajas, con esa luz brillante poniéndote borracha; que Dios nos ha creado por una extravagancia, y en cuanto tú te quemes y yo sin vida caiga, se acaban en seguida los mundos y las razas,

pues no ha querido el cielo, por suerte ó por desgracia, ni hacerme mariposo, ni hacerte chica guapa. Yo soy feliz ahora, feliz como la barca que allá en el mar inmenso perdida y solitaria, sin dueño que la guie, sin velas, sin amarras, tranquila por su suerte se mece sobre el agua. ¡Benditas estas horas en que se aísla el alma, sin sombras de pasiones ni augurios de desgracias, y vuela libremente rasgando con sus alas la inmensidad serena que el pensamiento abarca! Hay días ¡casi todos! en que estas horas plácidas los ecos de la vida me turban y me amargan; ¡hoy no! porque tú has hecho, jugando, que se vayan, y me has traído en cambio quietud, sosiego y calma... Ya ves cuán dulcemente mis párpados se bajan y el sueño de los justos cuán rápido me embarga. La vela dejo ardiendo; me duermo. Muchas gracias; adiós, ¡y no te abrasas, mariposilla blanca!

SINESIO DELGADO.

¡OH, LA PUBLICIDAD!...

Más allá de las islas Filipinas celebróse un congreso literario que estudió en discusiones peregrinas un proyecto de ley extraordinario. «¡Señores!—exclamaba un congresista, conmoviendo el salón con voz de trueno.— El hombre es desidioso y egoísta y no ve lo que es grande y lo que es bueno. Hay una multitud que al cielo clama al ver que escribe sin victoria alguna, y suele desmayar viendo á la fama compañera servil de la fortuna:

pléyade juvenil, nobles autores
que el tornadizo público desecha,
y mientras goza con livianas flores
el informe montón, muere en la brecha.
Y es que unas cuantas firmas con ventura
son focos de absorción terca y odiosa.
Su proscripción, señores, no es locura;
la firma es ley parcial y perniciosa.
Luz donde la opinión mariposea,
escudo de preceptos arbitrarios,
exequatur de artística ralea,
ligadura de *injertos* literarios...
Su prohibición es hábil y posible
y el genio será genio en cualquier parte.
Anónimo absoluto, incorruptible,
¡fórmula de igualdad que salva al arte!
Así veréis que el triunfo de lo bueno
la opinión, sin prejuicios, lo elabora,
que hay sobrado oropel brillando ahora
y el fondo oculta perlas entre el cieno...»

Convirtiéndose el proyecto en ley funesta,
pues para fin de discusión tan viva
elevóse al poder una protesta
desatentada, enérgica, agresiva;
obstruccionista y singular querrela
de genios en agraz faltos de seso,
que consiguieron aburrir con ella
á todos los señores del congreso.
Quedando como cosa asegurada,
para ejemplar respuesta de rutinas,
que no hay tal juventud desventurada
más allá de las islas Filipinas.

Y cierro aquí, cumplido mi deseo,
esta historietta insustancial y fría.
¡Que no le veis la punta? ¡Ya lo creo!
¡Como que no he firmado todavía!

FRANCISCO AYLLÓN.

LA RULETA

Entre los juegos prohibidos
de aliciente tentador,
la ruleta es el mejor
de todos los conocidos.

Allí no caben fulleros
y es, entre todas las gentes,
el juego de los valientes
y los hombres caballeros.

Ningún jugador se irrita
aunque pierda un dínaral,
que á ese juego sin rival
es muy fácil el desquite;
porque una sola peseta
sobre el tapete lanzada,
puede hacer una jugada
importante á la ruleta.

Y para demostración
de que esto sucede así,
voy á contar lo que á mí
me ocurrió en cierta ocasión.

Agitado, vacilante,
llevando en mis venas fuego,
pisé una sala de juego
en mis años de estudiante.

El hallarme frente á frente
del tapete tentador;
el vago y sordo rumor
producido por la gente,
que se revolvió llena
de la codicia del oro,

como el enjambre sonoro
se revuelve en la colmena;
aquel ambiente infernal,
el ruido extraño y sutil

de la bola de marfil
sobre el dorado metal;
el afán de conocer
ese vértigo traidor
que fascina al jugador,
todo produjo en mí ser
esa impresión misteriosa
que la sangre nos inflama,
el efecto que la llama
produce en la mariposa.

Y aunque el juego no entendía,
al fin me puse á jugar,
como se debe apuntar,
es decir, con valentía.

Mas debió pensar en mí
alguna mujer que amé,
pues todo cuanto jugué
fué lo mismo que perdí.

Era espantoso mi apuro
delante de aquel fracaso,
y para salir del paso
me quedaba sólo un duro.

Maldije de mi existencia,
sudaba á más no poder,
que abriga más el perder
que una manta de Palencia.

No había otra solución
que jugarme el duro entero
á un número, al que primero
despertara mi atención.

Y estuve tan inspirado
que, habiéndolo puesto al uno,
vino á salir oportuno...
el treinta y seis encarnado.

ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIRÓS.

CHISMES Y CUENTOS

Las inundaciones de Almería y Consuegra han llenado de luto á la nación, y todos los ciudadanos españoles, grandes y chicos, se aprestan en la medida de sus fuerzas á remediar en lo posible las desdichadas consecuencias de la catástrofe.

Pero... ¡á ver si no sucede lo que otras veces! Porque sería una triste gracia que se formaran comisiones, se emitieran dictámenes y el producto de la suscripción nacional se repartiera dentro de dos años, mermado por los gastos de secretaría, dietas, *et sic de ceteris*...

Á pesar de la buena voluntad de todos, es casi seguro que los socorros llegarán tarde, mal y nunca.

Los que han llegado inmediatamente han sido los ladrones.
Como que lo primero que pidió el alcalde fué... guardia civil.
Es lo que dirán los cacos:

—Los demás mortales necesitan las instigaciones de la prensa; nosotros no necesitamos excitaciones, y en cuanto ocurre una desgracia, empezamos á ejercer la caridad... por nosotros mismos.

Ocurriósele á Jacobo
hacer un drama que fuera
una sátira severa
para condenar el robo.
Y no hallando un pensamiento
que le sirviese de trama,
tuvo, para hacer el drama,
que robar el argumento.

MIGUEL TOLEDANO.

He leído que para la próxima temporada teatral se preparan en el Teatro de la Princesa grandes novedades.

«Y han sido entregadas á la empresa una comedia en tres actos de Núñez de Arce y la titulada *Nieves*, de Ceferino Palencia.»

Esto último me ha llenado de asombro.

Ceferino Palencia ¿no es director de escena y empresario único del Teatro de la Princesa?

Pues ¿á quién ha entregado su obra?

¡A no ser que, por pura formalidad, la haya sacado de un bolsillo para meterla en otro!

—Hombre, ¿tiene usted valor
para aplaudir de ese modo?
—Pido que salga el autor...
¡atado codo con codo!

ALBERTO DE OJEDA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Lolea.—Pues... no veo el arreglo; no ha contado usted siquiera las sílabas.

Sr. D. C. S.—Habana.—Perdóneme usted, pero esas amarguras no son para contadas. Y es la primera vez que oigo hablar del *regazo* de los hombres.

Un aldeano.—Hay que huir de las vulgaridades, de las asonancias y... del demonio.

¿Pegan?—Hace usted bien en dudar si serán ó no serán cuartetos. Porque esa misma duda tendrá todo el género humano.

Chicharo.—«Dulce querrela de amor
escucharás de mis labios
y es que el *láud* en la pasión
encuentra preciosos cantos.»

Bueno, pero como no se puede decir *láud*, resulta que nos sobra una sílaba.

Sr. D. L. A. G.—Madrid.—Son medianillos de veras. Lo otro... no puedo recordar ahora si fué ó no fué coincidencia. Sí lo sería.

Mercurio.—La cuestión es que ha hecho usted una composición muy larga para aprovechar el *calambourg* final, que es muy viejo.

Caballerito.—«En una noche sombría
un ratero muy oculto
cometiendo estaba un hurto
en una pobre guardilla.»

Lo malo es que usted ha creído que *guardilla* y *sombria*, *hurto* y *oculto* son consonantes. ¡*Errare humanum est!*

Un andaluz con ribetes de catalán.—Efectivamente, y hablando con el corazón en la mano: no sabe usted hacer versos y debe dejarse de bromas.

El cabito.—No hay un solo endecasílabo que pueda llevar alta la frente. Porque todos tienen algún defecto grave.

5. *Ka*.—Vaya, hijo, basta de inocentadas.

Lagartijo.—«Tú eres el aura
que por las mañanas
que cuando amanece
y sale el sol...»

¡Aprieta, manco!

Un K. D. T.—¡No! Nada de acrósticos. Eso es una cursilería.

Don Juan?—Una vulgaridad que no tiene remedio.

Un quidam.—¡Caracoles! No se puede negar que imita usted bastante bien los estilos.

Novatos.—La titulada *Declaración amorosa* resulta larguísima, pesada y de poca novedad. En la otra hay el siguiente par de versos:

«todos unánimes dicen á porfía:
eso no es toro, eso es una fiera...»

que no son endecasílabos en ninguna parte.

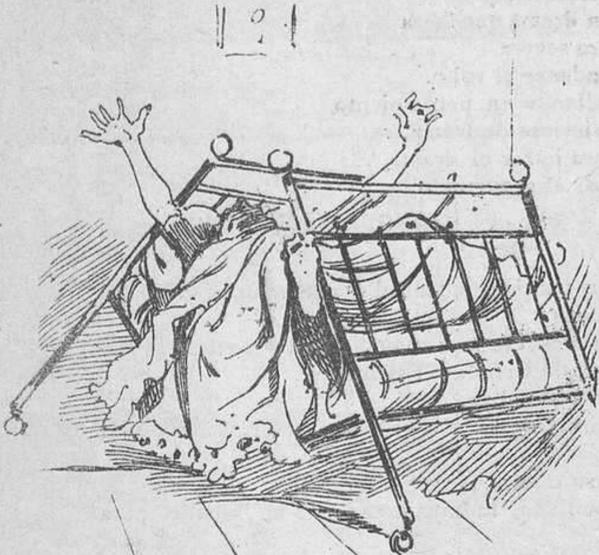
Sr. D. Z. F.—Madrid.—El epigrama es fuerte como una guindilla; el cantar no tiene novedad. Pero ambas cosas están bien hechas.

Sr. D. A. R. B.—¡Maldita coincidencia! La contestación á *¿Qué tal?* no iba con usted, según parece, sino con otro señor que firmaba de la misma manera. Gracias á su precaución de recordar el título de los versos, no se ha publicado con la firma de usted una composición de otro, lo cual hubiera dado lugar á un conflicto. La poesía admitida se titula *¿Ande el movimiento?* ¿De quién es, Dios mío?

ANUNCIOS



Si fueran invención mía
las cajitas del Pick Nick
dejaba la portoría
y me bajaba á Madrick
y en Madrick me establecía



¡Ya se conoce que no he compra-
do la cama en la fábrica de la Plaza
de la Cebada, núm. 1!



¡Para servicio
las Tullerías,
donde yo como
todos los días!

Matute, 6.



—¡A la prevención por andar por
la calle de esa manera!

—Es que esta camisa es de *Mar-
tínez*, San Sebastián, 2.

—Entonces, vaya usted tranqui-
lamente.



—Vea usted, al chocar los dos va-
gones han cogido entre los topes al
infeliz y le han deshecho toda la
cabeza menos la dentadura.

—¡Amigo! Es que es una denta-
dura inamovible, de *Tirso Pérez*,
Mayor, 73.



Los ríos vadearás
con los bastones de *Gras*.
Alcalá, 40.



Yo me enamoré del traje
que te había hecho *Pesquera*.
Ahora que te lo has quitado,
¡el demonio que te quiera!

Magdalena, 20.

LOS TRASNOCHADORES



Yo padezco de calambres,
si me atraco de legumbres,
y me suro con fiambres
y un par de azumbres (1).

(1) De agua de colonia de la Perfumería Ame-
ricana, Espoz y Mina, 56.



Tomás, peluquero,
ni corta, ni escarba.
¡Con cuánto salero
nos hace la barba!

Alcalá, 40.



—Ya sale el sol rutilante
por las cuevas de Vitoria.
—No es el sol: ¡es un brillante
de los de casa de *Soria*!

Magdalena, 18.



PERLA RÚSTICA DEL RETIRO
RESTAURANT.—Frente á la estatua de Espartero.
Gran Parque para comer al aire libre. Salón
para banquetes y bodas. Gabinetes independien-
tes para familias. Almuerzos desde 4 pesetas
y comidas desde 5 pesetas en adelante. Se re-
ciben encargos para dentro y fuera del Estable-
cimiento.



Se casa usted y compra usted
el equipo en la Exposición de
Viena. Tiene usted un hijo, es
un suponer, le mete usted en un
colegio, y le compra usted tam-
bién el equipo de la Exposi-
ción de Viena, Mayor, 12.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID